SOLEMNIDAD DE SAN PEDRO Y SAN PABLO
Homilía del P. Ignasi M. Fossas, prior de Montserrat
29 de junio de 2017
Hch 12, 1-11 / Sal 33, 2-9 (R .: 5b) / 2 Tim 4, 6-8.17-18 / Mt 16, 13-19

Queridos hermanos y hermanas: la oración colecta de la solemnidad de San Pedro y San Pablo pide a Dios que conceda a su Iglesia que se *mantenga siempre fiel a las enseñanzas de aquellos que fueron fundamento de nuestra fe cristiana*. Y, ¿cuáles son estas enseñanzas que nos han transmitido los primeros de entre los apóstoles? Encontramos algunas en las lecturas que acaban de ser proclamadas. Empiezo por el Evangelio. Jesús pregunta a los apóstoles *¿quién dice la gente que es el Hijo del hombre?* Y luego se les dirige más directamente a ellos: *Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?* Sobresale la respuesta de Pedro: *Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo*. Este es el primero y la más fundamental de las enseñanzas de los apóstoles: reconocer y confesar que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Que es el Hijo de Dios hecho hombre, que fue crucificado, murió y resucitó por nosotros, y ahora está sentado a la derecha de Dios Padre. Y que volverá para establecer definitivamente su Reinado.

La segunda enseñanza que quisiera subrayar es lo que indicaba la lectura del libro de los Hechos. Pedro es liberado de la prisión de una manera maravillosa. Una vez en la calle, después de la primera esquina, Pedro se da cuenta de lo que le acaba de pasar: *Ahora sé realmente que el Señor ha enviado a su ángel para librarme de las manos de Herodes*. Es lo que podríamos decir la enseñanza sobre la providencia de Dios. Pedro nos enseña a confiar en que Dios se ocupa de nosotros y revela su designio de salvación en la historia concreta.

La tercera enseñanza la hemos oído en el fragmento de la segunda carta de San Pablo a Timoteo. El apóstol decía: *Yo estoy a punto de ser derramado en libación*. Pablo conocía bien los sacrificios del Antiguo Testamento en el templo de Jerusalén, sabía cómo se tenían que llevar a cabo y qué significaban. Y ahora dice que su vida es como uno de esos sacrificios. Dicho de un modo más general, Pablo reconoce que en Jesús llegan a su cumplimiento las profecías hechas a Israel y la dinámica de las ofrendas y los sacrificios en el Templo, porque Jesucristo es a la vez el sacerdote, el altar y la víctima. Y añade, dando un paso más, que los discípulos de Jesús, en la medida en que participan de la vida de Cristo por el Espíritu Santo, también son, a su vez, sacerdote, altar y víctima. De modo que los discípulos podemos decir también, con San Pablo: mi vida ya es ofrecida como una libación derramada sobre el altar, porque está asociada a la ofrenda de Cristo al Padre.

El salmo responsorial nos ha puesto en los labios una palabra de bendición y de alabanza a Dios que viene a ser como una corona de todas las otras lecturas y la enseñanza conclusiva. *Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca*. Se trata de una alabanza personal y comunitaria a la vez. *Proclamad conmigo la grandeza del Señor, ensalcemos juntos su nombre*. Es lo mismo que ocurre con las enseñanzas de los apóstoles Pedro y Pablo, que son personales porque corresponde a cada uno llevarlas a la práctica, y a la vez son comunitarias porque no entienden al margen de la comunidad cristiana, de la Iglesia.

Pedíamos a Dios, al comienzo de la misa, que conceda a su Iglesia que se *mantenga siempre fiel a las enseñanzas de aquellos que fueron fundamento de nuestra fe cristiana.* Y hemos enumerado algunas de estas enseñanzas: la confesión de Jesús como el Mesías, el Hijo de Dios vivo; la confianza en la divina providencia; la ofrenda de la propia vida como sacrificio agradable a Dios y, finalmente, la alabanza y la glorificación de Dios. Quedémonos con estas enseñanzas de los apóstoles San Pedro

y San Pablo, y pedimos a Dios que nos haga el don de profundizarlas y de seguirlas siempre con alegría profunda y con el corazón ensanchado.